

aspiración de los sistemas educativos del siglo pasado, muchos de los cuales han traspuesto los linderos del presente, es responsable del abandono en que la emotividad y la voluntad se han mantenido, procurando con ello además de una falsa concepción de la naturaleza humana, una educación errónea, incompleta y debilitante.

Es verdad que en la Escuela de Speyer la deficiencia estaba equilibrada con la socialización del trabajo, muy particularmente en los últimos años. Dentro del mayor grupo social de la clase fórmanse grupos menores consagrados a la resolución de una cuestión, a la ejecución de una labor que requiera esfuerzos convergentes y simultáneos, en forma tal que hayan de ejercitarse las mismas cualidades que tanto se estiman en el mundo de los negocios humanos: la iniciativa y la constancia en la empresa, la exactitud y el amor de la perfección, la prontitud y la economía. Con un final resultado del discernimiento de los valores. El impulso para todo ello ha de provenir del interés vivo, esto es, de la emoción. Y entre tanto los maestros deben ofrecerse al contacto de los niños como seres humanos que colaboran e investigan como ellos en la solución de esos problemas que nacen del vivir en sociedad; con una tolerancia llena de gracia para los más opuestos puntos de vista, como nacida de la convicción de que las varias mentes se sitúan en ángulos diversos para encarar unos mismos problemas. Con esta forma de trabajo se eliminan las probabilidades del fracaso, porque cada miembro del grupo halla la ocasión de hacer lo que mejor sabe o puede. Cuando sólo existe un modo rígido de manifestarse la personalidad de los más diferentes individuos lo ineludible es que el número de los incapaces sea creciente. Incapaces—esto ha de entenderse—dentro del estrecho círculo de un modo de manifestación. El trabajo socializado de la escuela acaba con los grupos de los fracasados y hace surgir los *leaders*, los dirigentes que se reconocen no ya sólo por su mayor poder de hacer o de iniciativa, sino por su amor de servicio. Que en esto se hacen reconocer los héroes y los mejores: en su capacidad de simpatía y de servicio, en su devoción a la obra por la belleza moral que aparece el verla cumplida, en su consagración al bienestar y progreso del grupo social en cuyo seno se mueve y actúa.

Con esta forma de trabajo los más variados problemas se ofrecen y se hace posible la aparición de los proyectos de ejecución práctica como centros en torno de los cuales se aglomeran las actividades de los grupos. El proyecto obliga a la acción y esta no puede realizarse sin cierta infor-

mación previa que requiere otra suma de esfuerzos del mayor carácter educativo. La diversidad de los proyectos suministra la de los medios de investigación para alcanzar el saber indispensable a la acción inteligente y bien informada. Ha de existir una relación permanente y recíproca entre los proyectos y el material de información que aportan las ciencias y las artes. Se parte del proyecto hacia las fuentes del conocimiento para regresar con él a la ejecución de la obra emprendida. Y así hasta dejarla concluida. Pues el proyecto no se inicia por sí mismo, sino como ocasión de desenvolver poder y habilidad. Es claro que importa el concluir la obra—y mucho, el concluirla bien—pero un proyecto puede sustituirse por otro que se acomode a los deseos del grupo o a las posibilidades del medio. Aquí la ciencia se pone al servicio de las necesidades humanas. Así como en los altos escalones de las Universidades o institutos de investigación todos los recursos se subordinan a las necesidades de la ciencia. En la escuela son los menesteres humanos presentes los que reclaman satisfacción. El pasado se lleva a la escuela por comparación para mejor comprender este presente y esta profunda y lejana solidaridad de las razas a través de las edades. Pero aun esa misma comparación debe ser llena de vida, interesante, dramatizada a fin de que la emoción ocurra con sus elementos esencialmente humanos a una mayor participación de los niños en las actividades del pasado, como si se tratase de evocar recuerdos, errantes en una memoria crepuscular. En esa forma la historia tiene un bello sentido dentro de la escuela, y contribuye a la cultura espiritual de la raza.

La Escuela Speyer ha procurado seguir esas líneas cardinales, contrastando, por lo tanto, con el viejo tipo de las escuelas en que la colaboración, el auxilio de los fuertes y mejores se considera todavía como una grave falta que a todo trance hay que reprimir, consagrando de esa guisa, el pertinaz egoísmo y la rivalidad feroz.

Esto es, la concepción de la disciplina se transforma. A la quietud de la muerte, de aguas estancadas y mudas, en aulas pobladas de seres humanos, sucede el bullicioso contento, la tremante actividad de la vida en ebullición, creadora de formas, de ideas, de curiosidad, de emoción. La cooperación social no sería posible sin el empleo del instrumento esencialmente humano: la palabra. El contento de la vida sonríe, es alegre, y expansivo; no conoce el silencio, sino en las naturalezas místicas. En el aula—convertida en taller,—en el gimnasio, en el jardín, allí donde haya

actividad cooperativa, allí estará el gracioso rumor de la niñez, el jovial contento de la adolescencia, la confianza juvenil, allí la consulta, la información, la aprobación, el reproche, allí estará la expresión genuina de la vida. En donde sólo el maestro perora y trabaja, en donde sólo él piensa o simula que piensa, el silencio absoluto es posible, pero es mortal y provoca la rebeldía. La excelente disciplina de los pequeños grupos sociales dentro del aula nace de la libertad con la conciencia de una responsabilidad ante los otros grupos sociales empeñados en su propia obra en vista de un fin común. Ha bastado cambiar el punto de vista de la labor escolar para que hayan cesado de conturbar el ánimo aquellos viejos problemas disciplinarios de la escuela conventual. Como el resultado se juzga, por lo que hacen y pueden y por el cómo hacen, y como a su vez todos los alumnos tienen ocasión de hacer, no hay descontentos, sino por excepción, aun los raros ociosos profesionales—que existen en todas las sociedades—desempeñan una ejemplar función social.

En escuelas del tipo de la de Speyer inútil sería aplicar la prueba de la repetición de lecciones memorizadas durante el curso para juzgar de los resultados. El hacer, desarrollando capacidad, educa poderes. Las pruebas deberán consistir, por consiguiente, en expresiones de este poder. Y tales son en realidad. Pero en esa forma se dificulta la comparación de resultados con otras escuelas y se ha recurrido a las pruebas de vocabulario ideadas por el Profesor Kirpatrick; con el consiguiente resultado que de modo inequívoco establece la superioridad de la Escuela de Speyer. Se tomó una escuela de New Jersey, Edgewater; una escuela pública de Nueva York, la N^o 43; la escuela de Cultura Ética de Nueva York y la de Horace Mann. Se eligió el mismo grado, el 6^o. En Edgewater de la lista de voces conocían el 40.8 por ciento; La Escuela 43 en Nueva York, el 44.1 por ciento; La Escuela de Cultura Ética, el 56.6 por ciento; la escuela Horace Mann, 58.0 por ciento; Escuela Speyer, 68.6 por ciento.

Quedó demostrado con las pruebas comparativas que los alumnos de la Escuela de Speyer poseían un vocabulario muchísimo más extenso que el del término medio de las escuelas públicas de Nueva York. La explicación del resultado es obvia. Los alumnos de la Escuela de Speyer conocían usos, propósitos, y funciones de las cosas, y prácticas de la vida diaria; habían hecho mayor esfuerzo para fijar en su mente el sentido de las cosas que les había interesado; habían estado en más íntimo contacto con las cosas,